

NECESIDADES PRESENTES DE LA ASCÉTICA Y MÍSTICA EN LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA

Para empezar en ESTUDIOS ECLESIASTICOS una serie de trabajos sobre ascética y mística, es hoy de los puntos más a propósito un examen de las necesidades que al presente ofrecen en este campo los países de habla española.

Después de un cuarto de siglo de vivos impulsos que han caldeado los entusiasmos, convocado varios congresos, provocado en abundancia pláticas, conferencias y publicaciones de libros y revistas y suscitado empeñadas discusiones, parece logrado el fin preliminar de los beneméritos campeones. Se ha vencido el marasmo, se ha excitado el interés, se han despertado vocaciones decididas, podemos, en fin, contar entre los mismos seglares y mucho más en el clero secular y en las distintas corporaciones religiosas con público que lee con avidez y con escritores y conferencistas perseverantes. ¿Qué necesita ese público? ¿Qué necesitan los mismos conferenciantes y escritores? La vista clara de lo que nos falta puede servirnos a todos de orientación y de estímulo en el trabajo.

En tres artículos presentaremos lo que necesitamos para la práctica de la vida espiritual, para el estudio histórico de nuestra ascética y mística, y para el estudio científico de las cuestiones discutibles. Terminaremos indicando algo de lo que podría urgir eficazmente el buen cumplimiento de todo el programa de conjunto.

Porque tal es únicamente el fin de este trabajo: esbozar sencillamente el programa de conjunto que sugieren a quien repare con atención en ellas, las necesidades presentes de los pueblos que hablan nuestro idioma.

I. Necesidades para la práctica de la vida espiritual.

En dos principalmente nos vamos a fijar: libros y directores.

Libros.—En este punto voy a distinguir los que se necesitan, los que estorban, los que en su difusión y manejo requieren particulares cautelas de prudencia.

Los que nos hacen falta. Bases comunes.—Los libros que necesitamos han de tener todos en común tres cosas: que instruyan siempre, que depositen siempre en el alma las semillas de los afectos y resoluciones propias de una vida espiritual intensa, que pongan siempre al alma en el camino del habla espontánea, confiada y sincera con Dios y, con los bienaventurados.

Instruir siempre.—Toda la vida cristiana, mucho más la vida de virtud y de piedad acendrada y sólida, tiene que descansar sobre ideas claras y exactas y sobre convicciones arraigadas. Sólo así va el hombre—todo entero—en pos de ideales arduos, sostiene vigoroso lo duro de la pelea interior, se defiende de los influjos malsanos exteriores y difunde en su derredor alientos eficaces para el bien. Cuando falta la instrucción carecen de sentido las prácticas religiosas, se deshace el convencimiento, falta la fuente de los impulsos sostenidos y desorientada el alma en el empleo de sus fuerzas, corre tras vanas ilusiones, a merced del primer viento que sopla con novelorías halagadoras o se entretiene en vanos sentimentalismos.

Depositar en el alma las semillas de los afectos y resoluciones propias de una vida espiritual intensa.—En la vida espiritual conocer es el comienzo, querer y obrar es el fin; no leemos ni nos instruimos para hacernos sabios, sino para hacernos virtuosos y santos; no enseñamos para difundir ciencia meramente teórica, sino para lograr que vivan las almas las doctrinas de Dios; no para que estudien a Cristo como filósofos o teólogos, sino para que se penetren del espíritu de Cristo, amen como Cristo y en Cristo, sufran como Cristo y en Cristo, obren con Cristo y en Cristo y se trasformen cada día más en Cristo; y esta transformación sólo se alcanza cuando, mediante la gracia, se asientan en el corazón y en la voluntad los principios de que está bien convencido y penetrado el entendimiento.

Poner siempre al alma en el camino del habla espontánea, confiada y sincera con Dios.—La oración ha de sostener y nutrir y desarrollar toda la vida espiritual y la oración es ante todo trato filial con Dios, expansión del alma y del corazón con su Padre del cielo, unión de corazones que se aman de lleno y descansan del sacrificio con el amor y beben en el amor las fuentes del sacrificio. “Sine me nihil potestis facere”, todo en la vida espiritual es obra de la gracia, sin la cual no podemos ni prin-

copiar ni continuar ni concluir cosa conducente para la vida eterna, y esa gracia hay que buscarla en la oración, en el trato íntimo con Dios.

Sobre estas bases comunes ya pueden venir las diferencias, no sólo las debidas naturalmente a la índole y dotes de cada autor, sino las nacidas de la materia, del fin singular de cada obra y de las personas a quienes se dedica el libro.

Materias.—Porque hay que proveer en abundancia a nuestro público de manuales de devociones sólidas, variadas, orientadas por las tendencias de la Iglesia y por la tradición y costumbres cristianas de nuestra raza y de nuestras regiones. Los libros litúrgicos, los escritos de nuestros santos y varones espirituales, las oraciones que se conservan tradicionalmente en nuestras familias, las que en sus libros de horas y devoción saborearon nuestros abuelos medievales, las que en nuestras cofradías, asociaciones y congregaciones piadosas alimentaron la piedad de cien generaciones, todo eso hay que hacerlo entrar y revivir en la generación presente, enriquecido con lo que de nuevo va Dios inspirando a su Iglesia y hace brotar de las entrañas mismas de la piedad española.

No es decir en éste, como ni en los puntos siguientes, que hayamos de despreciar las oraciones y devociones extranjeras; pero sí que hemos de ser muy parcos en copiarlas y en acomodarlas, porque las nacidas de nuestra tradición son por sí mismas más hechas para nuestra índole y más a propósito para conservar y afianzar los envidiables caracteres de nuestra piedad tradicional, que se desfiguraría y dañaría con la intromisión desmedida de lo extranjero, más acomodado a la índole de ellos que a la nuestra.

Otra serie la deben formar los manuales para misas, comuniones, visitas al Santísimo y a Nuestra Señora, exámenes de conciencia, etc., con abundancia y variedad de métodos y formas.

Otra serie la han de componer meditaciones para la oración mental ordinaria, para días de retiro, velas al Santísimo, ejercicios, etc. abundantes en materias y variados en formas y en métodos.

Finalmente son muy deseables libros de lectura espiritual en tratados sólidos, devotos y suaves de leer sobre una o varias partes y sobre el conjunto entero de la vida espiritual y sobre las vidas y ejemplos de los santos.

En esto hemos de evitar la invasión de libros traducidos sobre

todo del francés. Los hay, sí, que merecen de veras una versión bien trabajada; unos por lo abundante y sólido de su doctrina, otros por lo bien que responden a las necesidades presentes; de los unos y de los otros los tienen excelentes también en Francia; no hay por qué negarles acogida cariñosa en buen romance español; pero esos son en todas las épocas muy pocos, y, si no se escogen bien y se traducen mejor, llegaremos a estar oprimidos por una balumba de libros que no sirven sino para estropearnos la piedad y la lengua. Harto mejor que en traducir libros de ningún mérito relevante se emplearán nuestros esfuerzos en pensarlos a nuestro modo y escribirlos en romance castizo y en sacar del olvido obras de nuestros mayores, que de sobra las tenemos en rico y sabroso español y llenas de piedad, de doctrina y de ese buen sentido cristiano que en nuestros escritores tanto admiran los extranjeros.

Acomodar las mismas materias a las diversas clases de personas.—Es preciso que de cada serie se hagan libros diferentes ajustados a la calidad, ocupaciones, capacidad de inteligencia, formación espiritual y vocación particular de cada clase de lectores; de suerte que en la materia, en la cantidad y densidad de las ideas, en la selección y en el mayor o menor desarrollo de afectos y propósitos concretos, en el modo de abrir camino al habla con Dios, en el estilo y hasta en la forma y presentación externa del libro se amolden a lo que piden los niños y niñas menores, jovencitos, solteras, casadas, obreros, clase media, gente más ilustrada, cristianos ordinarios, seglares fervorosos, seminaristas, religiosos, sacerdotes...

Nada recóndito hemos descubierto en estas páginas; todo es puro sentido común y la pedagogía más elemental. Conviene, sin embargo, presentar así, claro y concreto, este programa, porque si libros y escritores no faltan, sí se echa menos un plan general que se vaya desarrollando metódicamente y dé esperanzas para un mañana cercano de completa y acertada ejecución. Hoy todavía se ven y se desean los directores para hallar en cada caso el libro apropiado que recomendar a sus dirigidos, y mucho más se notan estas diferencias cuando se buscan obras para toda una división en catecismos y colegios o para toda una comunidad en seminarios y congregaciones. Ni todos los que han de dirigir la formación espiritual de divisiones y comunidades cuentan con elementos, salud, tiempo y dotes para dar

cada día por sí, de viva voz, el pasto variado que reclaman las almas, ni los que pueden darlo por sí dejan de buscar libros adaptados que permitan variar voz y estilo y que repitan cuantas veces sea conveniente en privado lo mismo que en público se enseña y se inculca.

Con un programa así, concreto, a nuestros editores les sería más hacedero el suscitar escritores que fueron llenando cada una de sus partes con libros que hallarían buena entrada en bibliotecas parroquiales, de colegios, congregaciones y comunidades, y por ellas amplia difusión en el público cristiano, y los mismos escritores se orientarían más fácilmente y no serían tan raros los ejemplos particulares de un Manjón, de un Obispo de Málaga, de un P. Vilariño, de un don Damián Bilbao, de una Concha Cabrera, etc., ni quedarían tan aislados modelos de conjunto como el que ofrece en su labor el Foment de Pietat Catalana (1).

Los que hacen daño. Los que carecen de doctrina sólida son los primeros. Los hay que no instruyen y se les va todo en palabrerías y retóricas sin fondo. Tales libros son para sus lectores asiduos la muerte de la piedad verdadera y el hastío mismo en la piedad. Otros dejan la enseñanza vaga, sin precisión y claridad, y aun proponen doctrina poco sólida y entonces desorientan y hasta pervierten el criterio.

No menos perjudiciales son los que fomentan devociones de sensiblería, a veces con excitantes pasionales que son más para novios que para devotos. Es preciso desterrar esos intrusos en la piedad, que no hacen sino excitar los nervios, conmover al aire las emociones, halar hasta empalagar con dulzonerías, y en cambio ni forman convicciones, ni forjan las almas para el sacrificio.

Por otro estilo, siembran mala hierba en el campo *los que producen espiritualidades falsas*, no basadas en el dominio de las pasiones, en el desprendimiento de sí mismo cada día y cada hora, sino que parecen llevar al alma de un salto a la cumbre de la santidad, fascinan con virtud heroica sin vencimiento heroico, con repetir al calor de un fervorcillo pasajero los deliquios y ofrecimientos bien sentidos de los grandes santos, ilusionan antes de tiempo con delicias místicas y entre tanto sigue el corazón lleno de amor

(1) En trabajo aparte esperamos publicar más tarde una bibliografía dispuesta por clases de materias y personas donde aparezca lo que ya tenemos y lo que aún nos falta.

propio, sigue la sensualidad sacando adelante sus comodonerías, sigue la vanidad dominando sus pensamientos y sus planes, sigue el descuido en los deberes de cada día, sigue la lengua entrando y saliendo a sus anchas por vidas e intenciones ajenas... Tales libros y las personas formadas en sus moldes son el descrédito real de la piedad y la deshonra de la verdadera virtud y con el ridículo que en abundancia proporcionan, surten de sus mejores armas a los que, ligeros o mal intencionados toman a zumba la devoción y la virtud.

Finalmente, dañan y no poco al difundirse en el público piadoso los escritos de *discusión*. No adelantaremos nada y estorbaremos mucho a las almas si persistimos, como se ha hecho ya tantas veces, en sacar a la plaza en libros o revistas publicados para el común de los fieles devotos las discusiones técnicas e históricas.

Ya el hecho mismo de la discusión, aun llevada con toda mesura, extraña fácilmente y escandaliza al público, que no siempre puede hacerse cargo del porqué y cómo de las discusiones; si por añadidura en el tono y forma del ataque o de la defensa falta la moderación, se engendra el escándalo; pues si en algunos debe resplandecer la humildad, caridad y devoción es en los ascetas y místicos, y aparte de esto, cosas que antaño no malsonaban ni escandalizaban, ahora sueñan mal y escandalizan, porque ciertas violencias del lenguaje no se compaginan con las costumbres modernas más delicadas, y por lo mismo *en esto* de más sentido cristiano que las de siglos anteriores, como ciertas omisiones y recursos que falsean la idea y aun la cita del adversario, desacreditan más ante el espíritu crítico de nuestros días.

Aun evitados estos escollos, quedan otros inconvenientes muy perjudiciales. La mayoría del público puede desorientarse y se desorienta de hecho sobre el valor de principios prácticos indiscutibles y sobre la utilidad de medios utilísimos en la vida espiritual; injustamente y con daño de las almas, se siembra la desconfianza en directores de tino sobrenatural y seguridad práctica probada; se arriesga en la dirección la sencillez, que será sustituida por la crítica; se desvía hacia las teorías el interés que deben concentrar en la práctica del vencimiento, la humildad y la oración; se fomenta, no la devoción, sino la curiosidad, y se divide en bandos las almas que no deben mirar sino a Dios en sencillez y caridad.

A cambio de estos peligros, ¿qué bienes nos podemos prometer de lanzar al público devoto y no devoto estas discusiones? Creo que nin-

guno. Las más de ellas tienen, sí, interés científico; traerán sus influjos prácticos y son convenientes a los técnicos y necesarias a los especialistas y promotores del progreso científico; pero para la almas... lo que importa es que sean fieles a la gracia, que no pongan estorbos al Espíritu Santo, hayan o no de alcanzar la contemplación mística. ¿Qué sacará un alma de saber si existe o no la contemplación adquirida, si es grado estable o puente de paso para la infusa? ¿Qué de oír disputar sobre la correlación entre los grados de oración y los de perfección? ¿Qué de tantas otras discusiones? Que lo sepan los directores, santo y bueno; ¿pero querer hacer científicas de la mística a las almas devotas? Ni los nombres de los ángeles decían a Santa Teresa sus directores. Desengañémonos, si ya no lo estamos: mezclar en estas contiendas aun como espectadores, mucho más como jueces, a las almas en general, no traerá sino daños para ellas. Borremos, pues, toda discusión en los libros y revistas que destinamos a las almas piadosas y fervorosas en general; callemos los puntos discutibles y sometidos aún al contraste del estudio e investigación en pláticas y conferencias generales. Para fomentar la piedad, para impulsar a la santidad heroica, nos basta y sobra con lo averiguado e indiscutible; lo otro, reservémoslo para técnicos y directores.

Libros prácticos que no son para todos.—Prácticas son, sin género de duda, las *obras técnicas de vida espiritual*; pero lo son para especialistas y directores, y no para otros normalmente. Claro que no se ha de despreciar la técnica en libros escritos para las almas; pero la técnica en tales libros ha de ser de ordinario latente: que la tenga muy en cuenta el autor para escoger con seguridad la doctrina, para proporcionar los medios al fin que pretende en bien de las almas, para graduar los esfuerzos y ahorrar malgaste de tiempo y energía, para evitar la dispersión en fines múltiples y poco emparejables, prevenir errores, deshacer dudas, esquivar tropiezos, adelantarse a preparar al alma para las dificultades, etc.; pero la técnica que ha de estar así presente al escritor, ha de estar a la vez latente al lector. No es útil normalmente a las almas proceder con conciencia de la técnica, sino con sencillez, simplicidad y docilidad, no como doctores, sino como ejecutores, descansando en la dirección y no en su ciencia personal. Tal es la providencia ordinaria de Dios. Lo que necesitan saber, que se lo den el director y la experiencia con la ilumi-

nación de Dios; sólo por excepción, a juicio del director, los libros técnicos.

Algo parecido hemos de juzgar sobre *los escritos dedicados fundamentalmente a la mística*. Nótese bien que no decimos las obras en que hay cosas místicas sino las dedicadas preferentemente o muy particularmente a la mística. Nadie pondrá en tela de juicio lo útil que es en general el leer vidas de santos, y pocas son entre ellas las que dejan de mostrar claros los elementos místicos. ¿Quién no conoce esos libros de unción con que se han alimentado en su oración y devoción tantas generaciones? Y en ellos aparecen a menudo rasgos y toques que al técnico y al experimentado se revelan al punto como místicos. No hay por qué quitar a los fieles de las manos tales libros.

Hablamos, pues, solamente de los que exponen con detención las cosas místicas ya sea que expresa y claramente desarrollen los puntos doctrinales de la mística, rozándose así con las obras técnicas, ya sea que bajen a descripciones y pormenores de las fases místicas, ya que se den a la pintura y narración de visiones o revelaciones o de los efectos externos del éxtasis. De estos libros, pues, decimos que no son indiferentemente para toda clase de almas fervorosas. No son únicamente para los especialistas y directores, pero tampoco pueden ser pasto ordinario de cualquiera alma devota ni de cualquiera alma ferviente. Por lo mismo, tampoco creemos prudente prodigar tales cosas en libros y revistas de divulgación piadosa. Si sería exagerado prohibir tales lecturas a todos, dañoso es también ponérselas a todos en las manos. El uso de tales obras debe reglamentarlo en cada caso el director espiritual, que teniendo bien conocidas las calidades, temperamentos y disposiciones naturales y sobrenaturales de sus dirigidos, rehusará entregarlos a los propensos a ilusiones, a los visionarios, a los impresionables que hallan luego en sí cuanto van leyendo de otros, a los que todavía no han entrado de veras por la humillación y el vencimiento generoso de sí mismos, a los que toman fácilmente por meollo de la vida espiritual lo que es más externo y accesorio en ella...; en una palabra, a cuantos ve que no están en disposición de sacar fruto sólido, y mucho más a los que halla que sacarán daño positivo para su progreso espiritual. Guardémonos de estragar las almas con lecturas místicas propinadas a destiempo. Los frutos de estas indiscreciones son bien lastimosos; en unos, afeminar y hacer muelle la

vida espiritual; en otros, exaltar la imaginación; en otros, ilusionar con el ansia de gustos sobrenaturales que retraen del trabajo exterior debido y del interior; provocar la fascinación de un cuento de hadas que, al deshacerse con las realidades de la cruz, torna a los ilusos en amargamente desilusionados, desconfiados y aun hastiados de las cosas espirituales; fomentar uno de los géneros más desastrosos de vanidad y soberbia; perpetuar esa raza de bergantes del espíritu, que buscan ocupar cuanto antes los últimos grados de la unión mística, pasando a la ligera por un baño exterior de vía purgativa, para moverse siempre en las alturas, como si remedar lo extraordinario de los santos sin cumplir a ciencia y conciencia sus deberes diarios fuera otra cosa que engaño de necios y soberbios o hipocresía de orgullosos y comodones. ¿Quién no ha tropezado con almas de esas cuya vida espiritual se ha querido levantar sin base y aun sin cimientos? ¡Qué lástima y qué grima da verlas por un lado con la santidad en la boca y llenas de caprichos, sin admitir dirección que las frene, ni reprensión que las corrija, ni amonestación que las avise, exigentes con todos, descuidando sus reglamentos, sin dominio de sí, murmuradoras, ligeras, pegaditas a quien las mimaba y las adula, desabridas y aun déspotas con quien se mantiene en su deber, suspicaces, curiosas para espíar, parladeras y chismosas para divulgar aun lo secreto, verdaderas mortajas de santidad con quienes sólo puede tener paz el heroísmo de la virtud!

Exagerada para otros, se les hará pálida esta pintura a quienes han visto con sus ojos en el trato y dirección de las almas los tristes frutos de esos pujos místicos suscitados por lecturas intempestivas de las obras místicas. ¿Quiere esto decir que nunca se ha de hablar de mística a las personas piadosas? Nada de eso, sino que hay modos que aprovechan sin dañar y otros modos que serán para algunos de provecho y para muchos de daño. No hay dificultad en hablar de oración, de presencia de Dios, de amor a Dios y mil cosas más de la vida espiritual en las frases cuyo sentido lleno esté preñado de mística, pero tales que tengan también sentido real en pura ascética elemental. Todos sacarán provecho, todos sacarán aliento para progresar, aunque sólo comprendan la fuerza entera de esas frases quienes están en condiciones de saborear los frutos místicos. Con este espíritu están singularmente escritos los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, llenos de fondo místico, salpicados por todas partes de frases cuyo alcance envuelve mucha mística; pero en forma tal, que aun gente dada al

estudio de la mística ha podido pasar por ellos sin descubrir en su lectura el rasgo místico. ¿Qué importa si son las delicias de tantas almas místicas y si disponen tanto más eficaz cuanto más calladamente a recibir las gracias místicas a cuantos con ellos salen de veras *de su propio amor, querer e interés*; si el fruto está tanto más seguro cuanto menos sospechado del alma que lo goza, hasta el momento en que hace Dios mismo que lo conozca?

¿Y no se debe hablar nunca claramente de mística al pueblo devoto? Sí se puede, pero nunca a pasto, nunca con esa que podíamos llamar algazara mística. Para dos almas que saquen aprovechamiento sólido de tales algazaras, serán siempre doscientas las que sólo saquen daño manifiesto y otras tantas las que empiecen con frutos aparentes y acaben con perjuicios reales.

¿Ni siquiera a las almas místicas se les puede hablar llanamente de la mística, ni hacerles leer libros de mística? Distingamos tiempos y tiempos, almas y almas. Hay casos en que una instrucción concreta, o una lectura mística determinada, la está reclamando por sí misma la necesidad presente del alma. Pongamos por ejemplo una persona que va dando ya los primeros pasos en la oración mística sin purgación pasiva propiamente tal: en la oración está el alma llena de paz, sosiego y seguridad; fuera de la oración sobrevienen dudas y temores que punzan al alma y, si no se la remedia bien, la inquietan y turban mucho sobre "si será de Dios aquella oración, si estará perdiendo el tiempo con aquel no discurrir, sino estarse como encantada en aquella idea de Dios, si no hace nada, si la irá ilusionando el enemigo y el amor propio..."; pero fuera de la oración anda el alma más recogida, procede cada vez mejor, sufre cada vez con más resignación, busca más a Dios entre día, van disminuyendo las faltas y aun desapareciendo las de más monta... y al volver a la oración vuelve en ella la paz, el gozo sosegado, el estarse a gusto con Dios... Es evidente que no se aquietará esa alma sino con una de dos cosas: el crecimiento del elemento místico hasta hacerse manifiesto por sí mismo o el declarar al alma bien de palabra, bien por un libro, lo que es realmente ese modo de oración: lo primero está en manos sólo de Dios; lo segundo es lo que puede y en muchos casos (v. gr.: si la inquietud estorba el progreso) debe hacer el director. ¿Cómo? Al menos en el grado suficiente para que entienda el alma que aquella oración es buena y provechosa y de Dios y con eso cese la intranquilidad y turbación. ¿Es

necesario para eso decirlo claramente que se trata de una gracia mística? No es necesario: basta que sepa que aquel modo de oración es bueno y según Dios y *cosa muy conocida en la vida espiritual*—¿qué es más útil?—generalmente será más útil que no sepa es mística la gracia hasta que su mismo desarrollo lo haga palpable. Con tal que el director lo sepa y proceda en consecuencia, no perderá nada el alma en la mayoría de los casos con ignorar el nombre del don, y podría perder con saberlo, como de hecho muchas veces pierden unas almas el don mismo, porque, menos humildes, se lo arrebatara el venticillo de la vanidad, otras la celeridad en el progreso, porque se lo estorba el cosquilleo de la curiosidad.

En conclusión, para no alargar en demasía estas advertencias, a las almas místicas que aún no saben que lo son y no necesitan saberlo, es mejor, en los más de los casos, no darlas libros que las descubran antes de tiempo la riqueza de su tesoro; a las que ya lo conocen habrá gran provecho en general en permitirles que lean aquellos libros místicos que no traen pormenores y descripciones detalladas sino de los grados que ellas han pasado ya: sólo después de la purgaciones pasivas que normalmente preparan y completan el éxtasis, podrán leer todas sin peligro y con provecho cualquiera obra mística, por llena que esté de pormenores, con tal que sea sana su orientación y sólida su doctrina. Dicho esto en general para no bajar a casos, estados y vocaciones particulares, pienso sería ocioso insistir en lo peligroso de esas campañas habladas o escritas en que se excita a la generalidad de las almas pías a los avances místicos, prodigando descripciones y pinturas de grados y fases, de consuelos y regalos y hasta de revelaciones y visiones; aunque por otra parte no se disimule lo escarpado del calvario, lo pesado de la cruz, lo punzante de las espinas, lo desgarrador de los azotes, lo doloroso de los clavos, lo tedioso y aplanador del desconsuelo y soledad íntima del alma en las pruebas místicas. Tienen no sé qué las almas no desprendidas de sí mismas, para pasar sin fijar la atención por lo de las espinas, azotes, cruz y calvario, y embelesarse con los gustos y consuelos, con lo singular y relevante, que sólo sirve para hacerlas ver las vías del espíritu como en novelas de un Verne místico.

Preguntará tal vez más de uno si no se dan obras que puedan ordinariamente leer sin peligro y con provecho las almas devotas en general, aunque traten muy de propósito las cosas de la mística. En

principio, claro es que puede escribirse con tal tino y con tanto sentido práctico sobrenatural, se pueden destacar tan acertadamente a cada paso los principios de la abnegación, se puede de tal manera entrelazar la idea del vencimiento y de la renuncia entera de sí mismo aun en las descripciones más detenidas de las gracias y fases místicas, que realmente no haya peligro, sino provecho grande para las almas, en leer con frecuencia tales libros. Esto es en principio: en la práctica, ¡ójala cuantas plumas escriben de cosas místicas estuvieran todas cortadas al tajo de Santa Teresa!, no tendríamos que insistir en los consejos anteriores, sino en los contrarios; podríamos permitir como cosa ordinaria la lectura de esos libros y sólo por excepción habría que prever las prohibiciones. Por desgracia, son pocos los autores que tengan el tino de nuestra Doctora Mística, y por eso son pocos también los que tratando de propósito cosas místicas pueden ofrecerse como manjar ordinario a la generalidad de las almas devotas.

¿Habrá quien pretenda rechazar estas normas en el uso de los libros místicos, invocando erradamente contra ellas la tradición? A quien no estudie las cosas a fondo, fácil le será creer y hacer creer a los que tampoco las estudian, que pretendemos coartar libertades permitidas de los antiguos, que reprobamos nosotros lo que aplaudían y aconsejaban ellos. Poco le costaría a cualquiera recoger un haz de textos con firmas de Santos y Doctores antiguos, en que todos ellos aconsejan a una voz el manejo de libros místicos sin las cortapisas que ponemos nosotros: ni exigiría más trabajo reunir otro haz de los que lamentan los malos frutos que en seglares y sacerdotes y religiosos se siguieron por el abandono de las lecturas místicas. ¿Qué probaría quien viniera con unos y otros a contradecir nuestros consejos? Probaría que no había estudiado la tradición. Si, antes de recoger esos testimonios, hubiera reparado en que místicos eran llamados en otros tiempos los libros y autores *espirituales*, no hubiera gastado tiempo interrogando en balde a sus testigos. Mucho más si hubiera notado que libros de mística *descriptiva* no se conocieron hasta que empezó a escribirlos Santa Teresa, no empezaron a multiplicarse sino mucho después de Santa Teresa, y no alcanzaron la boga que hoy se les pretende dar sino en la época contemporánea. No abusamos, pues, de la tradición, invocándola sin conocerla bien.

DIRECTORES.—Aunque no hemos agotado la materia anterior,

tiempo es de venir ya al punto segundo de este artículo y de procurar terminarlo aún más rápidamente que el primero.

No vamos a repetir aquí una vez más las quejas de los Santos y Doctores, ni los reiterados lamentos de las personas que buscan sinceramente a Dios, por la escasez de buenos directores: vamos más bien a indicar algo de lo que nos podría ayudar a remediarla.

Formación espiritual.—Naturalmente que lo primero y fundamental ha de ser la formación sólidamente espiritual de las almas sacerdotales. En lo espiritual es, más que en otras cosas, necesaria la experiencia personal del que ha de adiestrar y dirigir a otros por los caminos de la vida interior. Por eso es de importancia tan capital, que en las casas de formación del clero secular y regular contribuya todo, pero especialmente la dirección del padre espiritual, a forjar las almas para el vencimiento, la generosidad con Dios y la oración. Un medio que puede suplir en gran parte los demás y no puede ser sustituido por otros es proporcionar a los jóvenes desde sus primeros pasos hacia el sacerdocio, varones de Dios, conocedores por ciencia y experiencia de las vías del espíritu, que desde el principio mismo se dediquen de lleno con celo, asiduidad, amor, firmeza y prudencia a la formación espiritual de los aspirantes al sacerdocio, de los futuros directores de almas. Dirección que, harto lo pregonan los Santos, no ha de durar sólo los primeros años, sino que ha de irse gradualmente perfeccionando a lo largo de la carrera y continuarse durante toda la vida. Si, al ir creciendo en edad y avanzando en estudios, no va creciendo la eficacia de la dirección; si entra en las filas de los llamados al sacerdocio la ligereza petulante y el ansia de independencia a que siempre es propensa la juventud; si cumplen ellos en sí aquello de San Ambrosio: "Adolescentia est infirma viribus, vitio calens, fastidiosa monitoribus, illecebrosa deliciis", poca esperanza darán de ser en su vida y ministerio sacerdotal verdaderos directores de almas, forjadores de santos.

Libros espirituales.—¿Será menester insistir ahora en la conveniencia que, singularmente para los sacerdotes en formación, hay en contar con libros, cuales los deseábamos al principio de este artículo, acomodados a su vocación y al progreso de su capacidad mental y espiritual? Bien merece esta sección de la biblioteca espiritual ser la más atendida y la más pronto y mejor proveída por autores, libreros y superiores eclesiásticos.

Formación literaria.—No sólo indirecta, sino también directamente, ha de ayudar en la preparación de buenos directores su formación literaria. Para no alargarme demasiado, nada diré de lo que pueden contribuir al espíritu de sólida piedad y devoción los temas de composiciones, los ensayos de homilías, ejemplos, sermones, etc. Bastará indicar la mina que ofrece nuestra riquísima literatura espiritual: en la cual deben salir singularmente versados y a la cual se les ha de sacar especialmente aficionados. Bien está que no se descuiden otros géneros literarios, pero sería un baldón para nuestro clero, no sentir particular atractivo hacia nuestros autores clásicos de vida espiritual y no dominar bastante más que todas las otras ésta rama de nuestra literatura, en que deben ser por lo menos especializados y a poder ser en gran número especialistas. Vergüenza sería que mientras saborean con deleite estético el mérito literario de nuestros ascetas y místicos los seglares, los mundanos y hasta los descreídos, pusiera el clero sus ilusiones literarias en dramas y novelas; ni sería menos bochornoso que en preparar las ediciones críticas, filológicas y de vulgarización de los autores espirituales se adelantaran a los eclesiásticos los profanos, que hubiéramos de recibir hechos por extranjeros y por seglares los más de los estudios históricos y literarios relativos a la parte más nuestra en la historia y en la literatura. Y algo y aun algo de todo esto nos va pasando.

Formación científica.—Junto con la solidez y el criterio filosófico y teológico y con el aprendizaje del método para el estudio e investigación personal y para la exposición y enseñanza técnica y divulgadora de las doctrinas, puede concurrir la formación científica de nuestros jóvenes a la preparación de buenos directores de dos maneras más particulares. La primera indicando en las clases los empalmes, derivaciones y aplicaciones que a la vida espiritual tienen las materias mismas de filosofía y teología. Así como es utilísimo y necesario apoyarse directamente muchas veces en la teología y filosofía para las meditaciones, instrucciones y pláticas espirituales, así es también muy práctico aun en las otras ciencias, pero más en la filosofía y mucho más en teología, abrir a los discípulos el cauce por donde deriven a la vida espiritual las enseñanzas filosóficas y teológicas. ¿Hay cosa más obvia y práctica que notar en la analogía del ente el primer anillo del *Principio y Fundamento*, en el tratado "De Ecclesia" la base de la obediencia sacerdotal, en el "De Gratia" los fun-

damentos de la plegaria, etc., etc.? Con lo cual ganarían a la vez en sabor los estudios científicos, en solidez la formación espiritual, en abundancia y facilidad los recursos para la meditación, para el púlpito y para el confesonario.

Otra fuente para los frutos que buscamos en los directores la hallaremos en el desarrollo que en las clases pueden tener ciertas materias más íntimamente ligadas con la vida espiritual. No vamos a recorrerlas todas; con pocas indicaciones nos contentaremos. ¿Quién no ve lo que da de sí el tratado escolástico y experimental de los hábitos adquiridos en sicología, el estudio de las emociones y pasiones, de los temperamentos y caracteres y otros más en sicología experimental? ¿Por qué en ética y en teología no se han de explicar a fondo las virtudes naturales y sobrenaturales? ¿Qué mejor base para la mística que el tratado teológico de los dones? En el tratado "De Gracia", ¿no sería particularmente útil la explicación concreta de algunas clases de gracia actuales, de luces y mociones y la unión sicológica de la gracia con la actividad de las potencias y de los hábitos naturales? Estas indicaciones bastan para que puedan profesores y prefectos de estudios enfocar más de lleno la formación científica en beneficio de la buena preparación de los directores.

Formación técnica del director.—Antes de teología, algo se puede ir haciendo en el modo mismo de dirigir su formación espiritual; pero guardándose muy mucho del peligro que en los dirigidos pudiera haber, de encauzar a la dirección y provecho ajenos lo que deben ellos tomar únicamente como trabajo de su formación espiritual propia. Salvado este peligro, y habida cuenta de que está formando a directores, puede algunas veces el director espiritual aprovechar la ocasión que le brindan los mismos consejos y disposiciones que sobre ellos toma, para prepararlos remotamente a dirigir: indicando, v. gr., el porqué de un consejo, la aplicación de una norma, despertando las iniciativas y haciendo al dirigido pensar y someter luego a la aprobación y elección los medios y recursos que le ocurran, lo cual da ocasión para formar mejor el criterio. A lo largo de la carrera pueden dar no poco de sí estas cosas y otras semejantes, con tal que a más del peligro antes dicho, se evite el dar razones cuando explicar el por qué y el cómo podría dañar por las circunstancias del sujeto (v. gr. a un escrupuloso) ni sean demasiado frecuentes las explicaciones, pues no debe descansar la obediencia del dirigido en que

se le convenza con razones particulares en cada caso, sino en el principio de la sencillez y docilidad debida a quien tiene para el gobierno de su conciencia las veces de Dios. Pero usados con estas cautelas pueden estos procedimientos ir sembrando no pocas ideas útiles el día de mañana para la dirección de las almas.

Unido esto a lo que necesariamente ha de ir dando cada día un padre espiritual bien preparado y de lleno entregado a su cargo en puntos, instrucciones, pláticas, lecturas, retiros, ejercicios, etc., a quien durante la carrera lleva con esmero la vida interior y aspira prácticamente a la santidad de su estado, no le será difícil hallarse con un caudal de conocimientos que abarquen en conjunto todo lo realmente importante de la ascética, las bases fundamentales del criterio y hasta alguna parte más elemental, siquiera sea en vago, de la mística.

Pero si esto es de toda la carrera, en teología debe venir el estudio técnico de la ascética y mística en clases o instrucciones dedicadas expresamente a formar la ciencia del director en grados no inferiores a los que se exigen en moral y en dogmática de todo sacerdote bien formado. Manual de texto bien escogido, sólido, claro, breve y preciso, ordenado y nutrido: explicaciones en que nunca se olvide y a menudo predomine lo práctico, que aviven, organicen y completen lo que durante la carrera se ha ido adquiriendo ocasionalmente y sin más sistema del que iba pidiendo en cada caso la necesidad personal o de la comunidad: *instrucciones que orienten el criterio, amaestren para lo ordinario y en casos extraordinarios al menos para saber dudar y estudiar o consultar o remitir a otros más formados*. Ni que decir tiene si será útil añadir como se hace en moral, al estudio doctrinal la resolución de casos concretos de dirección y el conocimiento de las principales escuelas de espiritualidad. Con esto y una buena orientación de bibliografía selecta teórica y práctica, y sobre todo con la estima y el celo por el ministerio de la dirección, con la convicción de cuán necesario es en él la vida santa, el estudio ascético y místico, la atención y observación en el ejercicio de la dirección y el buscar puramente con desinterés, humildad, oración y caridad la gloria de Dios y el bien de las almas, saldrán los sacerdotes con buena base para ser buenos directores.

Y a los que están en el ministerio de las almas, ¿qué les puede ayudar a perfeccionarse como directores? Para ellos los mejores recursos serán siempre su propia vida interior llevada con fervor y cons-

tancia en oración y sacrificio, el cuidado de poner su propia alma en manos de un director competente y santo, la vigilancia y desinterés en el ejercicio de la dirección, la lectura asidua de obras espirituales que les conserven en fervor, les alimenten la oración y les sostengan en el cielo. En pos de esto ha de venir el estudio constante de obras espirituales. Si se nos permite, indicaremos, aparte de los Santos Padres, sobre todo las vidas y obras de los Santos y Varones que más se han distinguido como directores de almas, las de los Doctores más eminentes en doctrina espiritual, la más característica de cada escuela espiritual, buenos trabajos históricos sobre el desarrollo en la Iglesia de las doctrinas y prácticas de vida espiritual, particularmente sobre hombres y obras que resumen un período o abrieron nuevos horizontes dentro del Evangelio y de las orientaciones católicas.

EUSEBIO HERNÁNDEZ